

El beso del tiburón

Melvin Méndez

Dramaturgo costarricense.

RECIBIDO: 23-11-07 • APROBADO 21-02-08

Dedico esta pieza:

A las mujeres que pagaron con cárcel o con su vida la osadía de ser personas.

Monólogo para una actriz en un acto.

Espacio:

Una pared al fondo que conserva las marcas de donde estuvieron las fotos, cuadros y recuerdos de la pareja. Esta pared de fondo es suficiente para insinuar la habitación matrimonial donde transcurre la obra y además nos servirá para las proyecciones.

Al centro de este espacio semivació una cama para dos muy simple y junto a ella una silla antigua.

Al frente, centro, un par de cajas grandes donde María ha comenzado a guardar algunas pertenencias de la casa que se encuentran en el suelo, en la cama y sobre la silla.

La mujer le habla a alguien que se encuentra afuera de esta habitación mientras echa mano de los objetos para ir contándonos su historia.

Escena 1

María y Juan

(Mientras se va iluminando poco a poco el espacio escénico escuchamos la voz de María en la banda sonora, ella está manipulando alguna foto o recuerdo, sobre la pared de atrás se proyectará esta misma foto de matrimonio mezclada con un viejo parque, gastado, o un bus de antaño)

María (en la banda sonora)

No sé cuándo comenzó todo Juan... Si cuando me vino la "regla" por primera vez y me di cuenta que ya no era una niña y ese caminito de sangre anunciaba mi futuro. O cuando los besos tuyos me empezaron a saber a besos de verdad. Creo que allí comenzó todo, no con la sangre sino con los besos, aunque mucho tiempo después sangre y besos se juntaran!

(En la banda sonora ruidos de ciudad, mezclado con el sonido de un bus y un radiecillo a todo volumen con la canción: "Un beso, la culpa fue del primer beso... (ella canta con el radio)

María:

No estoy segura... pero creo que fue un verano. Un sábado por la tarde para ser exactos, porque los sábados tenía permiso de salir con mis amigas, era un permiso para ir al parque, pero a veces nos escapábamos y tomábamos un bus que nos llevaba al centro de San José. Dábamos vueltas por la avenida Central, la plaza de la Cultura, el parque Morazán, nos comíamos un helado y regresábamos al barrio. Yo no era una niña pero tampoco era una muchacha. Estaba en la edad de los barrotes en la cara, el pelo

planchado, y los zapatos de tacón /Era un viaje inocente/. Ese día nos sentamos en el último asiento, como lo hacíamos siempre, el asiento de las travesuras y los grafitos "Viva la ultra" "Carlos es maricón" "María ama a Juan".

Realiza una secuencia corta de movimientos, como dibujando en el aire unos "grafitis".

Era una tarde muy ventosa, de esas que los chiquillos usan para elevar papalotes y pintarlos contra el cielo como abejas, como pájaros jupones. Viajábamos juntos en ese bus de Hatillo cinco, lo recuerdo como si fuera ayer. La vieja ventana de aquel bus era lo único que nos separaba del mundo. Y, a la vez, nos conectaba con él. Hablábamos de todo un poco y nuestros ojos se acercaban, seguíamos hablando y nuestros cuerpos se acercaban y hablábamos más y nuestros labios se acercaban ...Estábamos en el lugar indicado y en el momento preciso para que llegara el beso. Y el beso llegó... Fue un beso largo como un temporal y rico como una guayaba pintona!

(Pausa)

¡Ay Juan! A lo mejor si no nos hubiéramos besado, si me hubieras dado un poco más de tiempo para pensarlo esta historia sería diferente —¡Verdad, Juan!—

Y es que un beso a esa edad es un pacto, un acuerdo pequeñito que se sella entre cuatro labios y un silencio. No resistí tu mirada, ¡estabas tan lindo! Y me querías como nadie me había querido nunca!. Por eso te besé sin reparos, tímidamente, pero sin reparos. Creo que allí, en aquel bus, comenzó todo. ¿Te acordás, Juan, te acordás...?

(Queda vacía unos segundos)

Te acordás...? ¡Juan! ¿Te acordás...?

¡Qué te vas a acordar de eso! Los hombres tienen la memoria pegada a la panza, solo recuerdan lo que les ha pasado por el estómago! Tío Alberto dice que recuerda a su primera esposa por la cuchara! ¡Por la cuchara, ! (ríe) Mejor se hubiera casado con una cuchara, le habría ahorrado a Lupita tanto sufrimiento!

(Pausa)

/Pero ese beso nunca se me olvidará porque venías comiendo guayaba (ríe) Así que mi primer beso tenía el sabor de la guayaba./ Por cierto no he vuelto a ver guayabas en el supermercado, antes decía mi mamá que aquí en "chepe" se agarraban de los árboles, eso decía mi mamá. ¡Yo no le creo! Aunque si lo decía ella, póngale la firma que es verdad, mi mamá nunca mintió. Solo cuando le dijo a papá que no se había cortado los tubos y sí se los había cortado para no tener más hijos. Porque ella no quería que le pasara la que le pasó a mi abuela, que eran siete de familia. /Tengo que hablarte de mamá y de la abuela, pero más tarde, ahora hablemos de esto, de cuándo comenzó todo...!/
(Entre las cosas, encuentra envuelta en una tela una cadenilla)

Mirá lo que está aquí... ¡la cadenilla de oro! Bueno... de oro es mucho decir, te la vendieron a precio de oro pero era fantasía y de la más barata. Cómo te enojaste, te acordás...? ¡No, ya vos no te acordás de nada! Te lo voy a recordar! Después de aquel beso nos hicimos novios y vos me regalaste esta cadenilla de oro: me duró seis días, seis días brilló ese oro mentiroso en mi cuello

de niña con tetillas de almendra, rapidito se puso de un color verde oscuro y nunca más volvió a brillar. Yo no me la quitaba nunca. Aunque se estaba poniendo negra y me teñía las blusas del "cole", ¡no me la "apiaba" ni para dormir!, porque me la habías regalado vos, Juan. Pero un día que fuimos al estadio y estábamos en la ventanilla comprando las entradas para el clásico, no sé por qué te acordaste de la cadena y me preguntaste por ella. Y como yo la andaba tapada para que no te sintieras mal de que no era oro verdadero, te empezaste a enojar mucho y yo para evitar problemas me corrí la blusa lentamente y cuando descubriste que la cadena seguía allí en mi cuello pero tan negra, tan desteñida, tan poquita cosa; te agarró un mal de risa que no te aguantabas, era una risa combinada con furia porque no podías creer que tu gran amigo te hubiera estafado a vos, a vos, a Juan!

(Cambia a Juan)

Juan:

Jueputa Memo, me estafó. ¡Qué mierda! ¡Me juró que era de oro! Y mirá cómo se puso! (Ríe) ¿Oro? ¡Oro negro es esta caca! (Ríe) Estafarme a mí. A mí que no se me pasa una. ¡Me las va a pagar ese cabrón cuando lo vea!

(Cambia a María)

María:

No importa, Juan, ¡lo importante es el sentimiento!

(Cambia a Juan)

Juan:

¿Por qué no me dijiste que se estaba poniendo negra, se la hubiera ido a reventar en la jeta a ese maricón, el mismo día que me la vendió! Yo te tranzo en puta María! ¡Te juro que pensé que era de oro! ¡Mirá cómo tenés el cuello, todo negro *(ríe)* qué vergüenza, perdonáme! *(Ríe)*.

(Cambia a María)

María:

Te pusiste morado de la risa, ¡te reías tan lindo, Juan!*(Queda inmóvil unos segundos)*. Conforme nos fuimos conociendo, cada vez te reías menos, y ayer ya no te reías. Pero ese día tus dientes brillaban como lunas pequeñas, estabas tan guapo. Claro que te habían herido tu orgullo de macho y tu bolsillo. Así que la tomaste de mi cuello y la tiraste al caño.

(Cambia a Juan)

Juan:

¡Botá esa mierda! ¡No te la quiero ver más!

(Cambia a María. Se acaricia el cuello como recordando)

María:

A este primer arranque de cólera yo ni le di importancia. Te habían estafado y claro, ¡cualquiera se enoja! Cualquiera hubiera hecho lo mismo...

(pausa)

Y para colmo de males el equipo de tus amores, el deportivo Saprissa perdió cuatro a cero contra la Liga. ¡Ese no era tu día! Te fuiste antes de que el partido terminara, no querías hablar con nadie, menos conmigo. A la salida del estadio, la cadenilla seguía allí tirada en el caño, nadie se había molestado en recogerla. Yo la junté, y la guardé entre mis recuerdos del "cole".

Jamás se le quitó este color verde oscuro pero para mí eso era lo de menos porque me la habías regalado vos... ¡Vos, Juan!

(Se la coloca en el cuello) (Busca un espejo y se mira)

¡Mire mamá, lo que me regaló Juan...!

(Sobre la pared una proyección de una mujer con muchos hijos mezclada con unos techos herrumbrados de barriada)

Escena 2

María y Mamá

(Cambia a Mamá)

Mamá:

Ay m'hijita los hombres son todos iguales, así empiezan todos con regalitos aquí, regalitos allá, pero después cuando se casan se les olvida el cariño y si te vi ni me acuerdo. ¡La llenan a una de hijos y ellos a vivir la vida loca! ¡Pero así son los hombres! Hay mujeres que aguantan menos que yo, yo aguanté tanto, ¡pero tanto! Y no solo tu papá y tu tío eran así, tu abuelo Javier –mi papá– le hizo a mamá siete hijos. ¡Siete, María, siete!

(Queda en silencio unos segundos. Luego realiza una rutina mecánica de parir y chinear, parir y chinear y vuelta a parir)

Fijate María que nosotros éramos siete. Tres mujeres y cuatro hombres. Siete bocas, siete estómagos, siete llantos, siete sonrisas, siete narices, siete ombligos, siete sexos –cuatro con pito y tres sin pito–, siete llantos, siete deseos, siete sueños. Y cuando mi hermana Alicia, la mayor se vino a vivir con nosotros, el asunto se puso cuesta arriba –¡éramos siete y parió la chancha!– Dieciséis personas exactas sin contar al loro, al gato, al perro, a los ratones y al abuelo”/de tu abuelo te hablo más tarde, recordámelo/

(Cambia a María)

María:

Ya me has hablado de él muchas veces!

(Cambia a Mamá)

Mamá:

/No importa, igual recordámelo / ¿Qué te decía...? Ah sí, dieciséis, María, dieciséis personas. Dieciséis estómagos, treinta y dos ojos, treinta y dos orejas, treinta y dos manos. Trescientos veinte dedos abiertos tres veces al día pidiendo comida. ¿Eso es...? ¡Multiplicá, hija, multiplicá!... Novecientos sesenta dedos suplicantes todos los días, siete días a la semana...¿ Eso son...? Seis mil setecientos dedos conversando con el aire... moviéndose, pidiendo, reclamando... Toda esa multiplicación de gente en una casita con dos cuartos, una cocina, una sala y un patio con muchas gradas, ¡muchas! En

total noventa y dos hasta la calle ¡y ciento treinta y cuatro hasta la orilla del río!

(Cambia a María)

María:

¡Mamá, no puede contar la historia sin detenerse a multiplicarlo todo!

(Cambia a Mamá)

Mamá:

¡No puedo, María, no puedo! Me entretengo mucho contando! Es mi “jovi”, todos tenemos un “jovi” Yo no sabía lo que era un jovi hasta que trabajé para doña Enriqueta, ella tenía como jovi, comprar zapatos. Y mientras ella compraba y compraba yo me entretenía contando y multiplicando las cajas de zapatos por dos. Me entretenía mucho y doña Enriqueta me dijo que ese era mi jovi. ¡Un jovi más barato que el de ella, por cierto!

¡Así que voy a seguir contando hasta que me muera!

Pero como no sé cuándo me voy a morir, la única suma que puedo resolver es la suma de mis días...

(Queda catatónica unos segundos. Realiza una rutina en movimiento de contar, morir, contar, morir)

¿Adónde estaba...?

(Cambia a María)

María:

¡En la casa que usted vivía!

(Cambia a Mamá)

Mamá:

Te conté que era una casa con muchas gradas: ciento treinta y cuatro...

(Cambia a María, cansada)

María:

¡Ciento treinta y cuatro hasta la orilla del río!

(Cambia a Mamá)

Mamá:

Eso, ciento treinta y cuatro hasta la orilla del río. Éramos muchos sin contar los dos perros, la lora, y el montón de cucarachas, mosquitos, ratones y demás animales caseros. Ah, y también el abuelo. El abuelo Javier, aunque al abuelo, nadie lo contaba porque desde que la abuela decidió no hablarle, era como un adorno en la casa, iba y venía como un fantasma, sin decir palabra, hasta que se murió. ¿Nunca te conté lo del abuelo Javier...?

(No espera respuesta)

¡No importa te lo cuento otra vez! La historia del abuelo es una historia impresionante. El viejo Javier era un gran inventor, gracias a él pudimos tener el primer cine del barrio. Los chiquillos lo querían montones y él se los ganaba con sus inventos. Como era un gran lector siempre tenía enciclopedias y libros muy viejos y un poco extraños, sobre ciencias ocultas, magia, inventos, marxismo y cosas por el estilo. Doña Enriqueta, la vecina de enfrente, cuando se enojaba con

él le gritaba masón y comunista ¡El abuelo solo se reía, se iba para el taller a preparar un buen pedo químico y se lo soltaba en el patio, por la noche! La vieja solo decía: ¡Ay, Genaro, otra vez se murió un zorro debajo del piso! ¡Mañana lo sacás porque apesta!

(Queda catatónica unos segundos)

¿Adónde estaba...? *(no espera respuesta)*

¡Ah sí, el abuelo!

Bueno el asunto es que consultaba estos libros raros y copiaba los inventos.

Una vez se metió tres semanas enteras en el taller. Sin pegar los ojos. La abuela Margarita se resignaba pensando que estaba otra vez con sus crisis de mente. Son crisis en la mente decía. ¡Es mal de familia! Le ponía la comida en el quicio de la puerta y se retiraba a rezar por él para que la virgencita lo curara de eso. Tres semanas le llevó este invento. Veinticuatro horas al día durante noventa días, esto nos dá... ¡Multiplicá, hija, multiplicá!

(Cambia a María)

María:

Pero mamá...

(Cambia a Mamá)

Mamá:

Dos mil ciento sesenta horas sin dormir. Con una cara de loco pero feliz, abrió la puerta del taller una mañana de domingo, un domingo 4 de marzo de 1967 apareció con un invento rarísimo, mitad bicicleta, mitad vitrola con sombrilla. Le llamó cinematógrafo:

era una máquina muy extraña que cuando él pedaleaba hacía que se movieran unas figuras que se retrataban en la pared. Fue la alegría de todos los chiquillos del barrio, la primera sala de cine de Paso Ancho. Pero cuando ya empezaba a ser popular, se la cerraron por orden del alcalde, porque doña Enriqueta y unas viejas mojigatas quisieron entrar gratis y como el abuelo no se los permitió, entonces lo acusaron con el cura y con el alcalde, diciéndole que ese viejo comunista y masón estaba corrompiendo con esa máquina satánica a todos los niños del barrio.

(Queda catatónica)

María:

Pero mamá, ¿cuándo fue que comenzó todo...?

Mamá:

¿Todo qué...?

María:

Todo lo que me pasó a mí, ¿cuándo comenzó...? ¿De dónde saqué fuerzas para hacer lo que hice anoche...?

Mamá:

Lo traés en la sangre m`hijita, en la sangre. Yo sí aguanté pero, tu abuela, aunque chapada a la antigua, a su manera, también se reveló.

Nunca te conté la otra historia de tu abuelo. ¿La del submarino...? ¡Para que veas lo "chollado" que son los hombres a cualquier edad!

María:

No mamá, ¡no quiero oír más historias!

Mamá:

Te la conté hace mucho, cuando eras una niña. ¡Tenés que oírla ahora que sos toda una mujer!

María:

¡No mamá, no más!

(La actriz realiza una secuencia de movimiento donde el personaje de la madre habla y cuenta, habla y cuenta hasta salir de escena, al volver trae en sus manos unos libros y un uniforme de colegio que usará en la escena IV, la del maestro de religión)

(Pausa silencio)

(Sobre la pared una proyección de María mezclada con un desierto)

Escena 3

María y la nada

María

A lo mejor no fue el beso, Juan, a lo mejor fue mamá la que influyó en todo esto.

No lo sé, Juan, a veces no me siento. No sé adónde estoy, adónde voy, dónde vivo, quién soy... A veces no sé, no sé, no sé...

¿Es importante saberlo...? O qué es importante, saber qué...?

¿Y ahora qué, vendrá Juan...? /La nada, el dolor, o la alegría de haber concluido/
¿Ahora qué, vendrá Juan?
¡Por qué tenemos que explicarlo todo, por qué esa manía de entenderlo todo!

(Silencio)

/ "La razón de la sin razón, que a mi razón se hace, de tal manera mi razón enflaquece..."
¡El Quijote! Me lo presentó papá, él leía mucho sabés. Tengo que hablarte de papá /
¿Dónde estaba...? Ah sí, claro, ya sé dónde comenzó todo... (Descubriendo) ¡Claro! Fue en sexto grado que empezó todo! Con el maestro de religión. ¡Allí empezó mi rebeldía ¡Porque si no, ¿de dónde...? Es que yo no soy así, Juan. ¡No soy así!

(En la pared de fondo se proyecta un confesionario mezclado con muchas velas y rostros de niños varones)

Escena 4

María y el maestro de religión

(Poniéndose la blusa del uniforme)

María:

Un día le conté a mi maestro de religión, que además era cura, que me gustaba mucho *El cantar de los cantares*, ¡porque se hablaba del amor de pareja de una manera tan apasionada! Con cara de pocos amigos me dejó continuar y cuando empecé a recitar aquello de:

*Mi porte es como el de una palmera
Mis pechos son como racimos
Tu piensas en subir a la palmera
Y adueñarse de mis racimos...*

(Cambia a profesor)

Maestro:

¡Muchacha lujuriosa! ¡Ustedes solo piensan en... eso! *El cantar de los cantares* es un libro sobre el amor de la Iglesia a nuestro divino Dios. ¡No es lo que ustedes piensan!

(Cambia a María)

María:

Pero cuando habla de los pechos, ¿no se refiere a los pechos de una mujer...?

(Cambia al Maestro que trata de salir del enredo)

Maestro:

Bueno... ¡no ! (Inventa) En realidad no, los pechos en la *Biblia* significan...
¡los montes de la oración, las torres de las iglesias que señalan hacia el cielo!

María:

No salí muy convencida de su explicación y para mí los pechos eran los pechos. (Tocándose los suyos) Estos, los mismos que empezaron a crecer después, en mi tiempo de colegio, los mismos que acariciaste tantas veces Juan... ¿Me oís Juan, me oís...? ¡Qué me vas a oír!

(Cambia a Maestro)

Maestro:

Vea, María, mejor léase el Génesis, cuando Dios construyó el Universo en siete días. ¡Y mañana hablamos...!

(Cambia a María)

María:

¡Fue peor el remedio que la enfermedad! *(Como hablándole al maestro)* ¡Me encantó el Génesis, maestro! Sobre todo la parte que habla del paraíso, en donde todos eran libres y vivían sin miedo. ¡Todo era libertad y felicidad! Lo que no entiendo es por qué en los libros representan a Adán y Eva con una hoja en la pipí... ¿Ellos no andaban como los demás animalitos, con las bolas peladas...?

(Cambia a Maestro)

Maestro:

¡Mocosa, no hable así de la creación divina de Dios!

(Cambia a María)

María:

Pero si yo pienso que Dios hizo la desnudez. Y los cuerpos desnudos son bonitos. ¡Todo depende del ojo que los mira! ¿No es cierto...? ¡A mí me parece lindísimo que en el paraíso todos anduvieran con el culito pelado! Por qué esconder nuestro sexo detrás de una hoja. Además ¿cómo hacían para sostenerse...?, la hoja digo...?

(Cambia a María)

María:

¡No siga, no siga, mocosa! ¡Usted no tiene remedio, verdad! Las mujeres de hoy todas son unas ignorantes y unas libertinas! ¡Les voy a explicar...! ¡Pongan atención!

(Lo hace como si el público fuera el aula de clase)

En el libro del Génesis se lee que después de crear las plantas y los animales Dios creó al hombre para que cuidara de ellas. Después, como el hombre estaba solo creó a la mujer. ¡Pero... con la mujer nació el pecado! ¡Porque ella mordió la fruta prohibida, y tentó a Adán a morderla también! La mujer es el pecado mismo, ¡el génesis del pecado está en ella!

El hombre no conocía la muerte en el pecado hasta que apareció la mujer. ¡La mujer es pecado! El pecado nació con ustedes. Ustedes llevan el pecado dentro de ustedes, por siempre y para siempre. Porque ustedes son el pecado con piernas, el pecado con manos, el pecado con ojos, el pecado con lenguas, y con pechos y con ...HUECOS! ¡TODAS USTEDES SON UN PECADO VIVIENTE! ¡Y HACEN PECAR A LOS HOMBRES!

(Queda en silencio. Cambia a María)

Viejo mentiroso y poca pena, por fuera era un santo pero en privado se la pasaba tocando a los compañeritos de la clase. Decían ellos que se los llevaba a la casa a estudiar el catecismo y les regalaba galletas y melcochas para que le tocaran la pipí. ¡Viejo, cochino!

(Pausa)

Tal vez fue por esas mentiras que yo a los hombres nunca les creí.

Luego, con el tiempo, para confirmar mis sospechas de que los hombres siempre mienten, mamá me ayudó a que se desplomara de mi mente la imagen tierna y nostálgica de los abuelos, porque mi querido abuelito, el señor Javier Juventino de la O y García, así se hacía llamar, ¡también tuvo rabo que le majaran!

(Cambia a Mamá, que vuelve como se fue con la misma secuencia de movimiento)

Mamá:

¿Nunca te conté la otra historia de tu abuelo, la del submarino...? ¡Para que veas lo "chollado" que son los hombres a cualquier edad!

María:

¡No mamá, te dije que no más historias!

Mamá:

¡Pues la vas a oír! ¡Te guste o no!

(En la pared una proyección de un mar y un hombre viejo)

Escena 5

María y el recuerdo del abuelo

Mamá:

... Dicen las malas lenguas que el abuelo, con los ahorros de toda la vida, inventó un

submarino casero, le llevó mucho tiempo construirlo en el patio de la casa y un buen día contrató un carro de carga que lo llevara hasta el Caribe, ¡a Limón fue a dar con aquella bola de metal! Todos le gritaban que no lo hiciera, pero por cabezonada del viejo lo echaron en la parte más honda del estero. Cuando los de rescate llegaron a buscarlo no encontraron ni submarino, ni al abuelo, como si se los hubiera tragado el agua. ¡Bueno, sí se los tragó el agua evidentemente!

(Pausa)

Algunos se persignaban al imaginarse la hazaña de cruzar el fondo del mar con una cosa que más parecía dos palanganas gigantes que formaban una bola con pedales. Los que lo vieron contaban, muy impresionados, que el viejo había llegado a Europa y que estaba allá dándose la gran vida y vendiendo submarinos a diestra y siniestra. Otros, que nunca le creyeron porque le conocían las mañas y lo enamorado que era, dijeron que el "chollao" viejo, como era tan buen nadador, los vaciló a todos, escondió entre unas raíces submarinas la bola metálica y se fue debajo del agua hasta la orilla de los manglares y sin que nadie lo viera salió del agua y se perdió entre los pantanos y fue a parar a la casa de una querida que tenía en Portete. ¡Una negra de nombre Ruth Salomé Ferguson!

(Pausa)

¿Adónde estaba...? Ah sí, la querida del abuelo.

Durante ese tiempo la abuela lo dio por muerto, pero no lo lloró porque se olía la mentira. Hasta que un buen día apareció don

Javier de la Trinidad Solano flotando con una panga de latón –antes submarino– en las orillas del río María Aguilar, llegó hasta la casa, subió las ciento treinta y cuatro gradas y se sentó en el corredor como si no hubiera pasado nada, diciéndole a la abuela que había sufrido de amnesia. Ella muy digna, lo hizo pasar pero sin tocarlo, le entregó ropa limpia, un paño y le sirvió comida, pero nunca hasta que se murió le dirigió la palabra ¡Nunca! Porque a ella ya le habían llegado los chismes de la negra de Portete, la querida que tenía en Limón. La abuela Margarita de los dos Santos era incapaz de hacer un escándalo, prefirió aguantarse el trago amargo de la vida y hacer como si no hubiera pasado nada. Cuando el abuelo le hablaba, solo movía la cabeza para indicar un sí, un no o un tal vez, pero nunca una palabra. ¡La promesa de silencio que le hizo al cielo, la mantuvo hasta el día de su muerte!

(Queda catatónica unos segundos. Luego realiza una secuencia de movimiento en el que se persigna, reza, persigna, reza, persigna)

Mi abuela era una santa, yo no habría soportado. Por eso es que el abuelo después del asunto del famoso submarino, se convirtió en un mueble. Caminaba por la casa pero nadie lo notaba, ya no le escuchábamos, ni sus ronquidos, ni su trabajo en el taller, ni el sonido de su chorro en el sanitario –antes tan celebrado por todo el barrio– ahora eran los orines de un fantasma, ¡pero un fantasma que a nadie asustaba! La indiferencia fue su peor castigo. Entonces se fue apagando poco a poco, murió de tristeza el abuelo, antes que ella, ¡de tristeza profunda!

La abuela en cambio estaba cada vez más linda, más dicharachera, más lúcida, más simpática y alegre, él se marchitaba y ella, tal vez sintiendo que esa era su venganza, se ponía con el paso de los días más y más bonita. Aceptó con resignación la voluntad del cielo, tal vez ya nunca más tendría a un hombre a su lado pero llevaba su viudez con alegría –porque para ella el abuelo ya estaba muerto– Una viudez llena de vida, de nietos y de flores. ¡Fue la mejor época de la abuela, se levantaba cantando y hablaba con los yiguirros y las gallinas!
¡Cómo cantaba!

(Pausa)

¿Adónde estaba...? Ah sí, la abuela Margarita... Cuando el abuelo murió, la abuela lo lloró tres veces al día durante un año entero. Encendió trescientas sesenta y cinco velas tres veces al día, o sea, que se acordó de él mil noventa y cinco veces.

La madre se queda vacía, escuchamos en la banda sonora la canción cantada por la abuela. La madre entretanto la baila a su manera y luego se va)

Voz de la abuela cantando:

*“Pajarito pinto que por las mañanas
cantando te posas sobre mi ventana
Con tu dulce trino el sueño me quitas
y para escucharte acudo a tu cita.
Porque quiero, quiero, tu canto aprender
pues tú como nadie lo sabes hacer”.*

(Cambia a María que regresa al espacio, trae otros elementos, pueden ser los cuadernos del colegio)

María:

Ya entiendo todo, Juan, ¡claro! es la herencia, es la sangre rebelde que traigo en mis venas. La sangre de la abuela Margarita de los dos Santos –la del silencio– tal vez ella me empujó a hacerlo...

(Sobre la pared una proyección de monjas y curas en un largo pasillo de convento, mezclado con unas cuerpos desnudos voluptuosos)

Escena 6

María y la directora del colegio

María:

La vida fue pasando y pasando y cuando llegué a cuarto año de secundaria era menos niña y más rebelde. Un día estábamos una barra de amigas hablando de lo rico que eran los besos y preguntándonos entre nosotras si ya lo habíamos dado con lengua y esas cosas de las mujeres, cuando pasó la directora del cole, doña Prudencia Castillo viuda de Paracutí, una vieja amargada y mojigata, igualita al maestro de religión –el cura– /. Y sin que nos diéramos cuenta se quedó agazapada por ahí y cuando terminamos la conversación sobre las “apretadas” que nos dábamos en los bailes juveniles, nos dijo... /

(Cambia a la directora)

Directora:

¡Uy, tan jovencitas y ya huelen a ramera!

(Cambia a María)

María:

Yo me puse tan furiosa que no me aguanté y ¡le grite cuatro!

(Le habla como si estuviera presente) ¡Vieja amargada! ¿Por qué no va a que se la cojan, para que se le quite la amargazón? *(Se ríe)* Casi me expulsan del cole, mandaron a llamar a mis padres.

(Cambia a directora, que se pasea muy preocupada)

Directora:

Ay doña Marta Cabezas, qué muchachita la suya!, ¡qué muchachita! Nunca se compuso, desde la escuela es así...! Por cierto, ¿por qué no vino su esposo...?

¡Sí ya sé, no le gustan los colegios religiosos! Mire, su muchachita a esa edad y con esos pensamientos tan lujuriosos. /No se puede creer. Hablaban de la lengua, del sexo y de no se cuántas cochinas más/. ¡Usted tiene que controlar más a esa muchachita!

(Cambia a María)

María:

¡Mi mamá me miraba con enojo y por su mirada supe que me esperaba en casa una fajeada!

(Cambia a directora)

Directora:

¿De dónde sacan esos pensamientos...? No quiero pensar que eso le viene de su

casa porque ustedes son un matrimonio ejemplar: católico, apostólico y romano... Aunque sé de buena fuente que su abuelo era masón....¡ Y los masones son comunistas, ateos y lujuriosos!

(Cambia a María)

María:

Cuando llegamos a la casa mi madre me fajeó todita.

(Realiza una pequeña secuencia de movimiento recibiendo la fajeada)

Pero ni eso, ningún dolor de las piernas me iba a quitar el gusto de tu lengua en mi boca Juan. Para ahogar mi rabia, me encerraba en mi cuarto, tomaba mi cuaderno de recuerdos y te escribía pequeños poemas que nunca te leí porque me daba pena...

(Toma un cuaderno y se escucha su voz en la banda sonora)

Voz de María joven:

*"Aunque tu nombre no es Romeo
yo soy tu Julieta y te deseo
Cuando una fruta me recuerda tu aliento
como y como sin parar,
no paro ni un momento.
El reloj ya da las diez con cinco.
Es hora de dormir, yo pego un brinco.
Las horas, los minutos se me van
pensando en ti mi novio Juan!"*

María:

/¡Ahora entiendo por qué me daban pena!
¡Eran horriblos, un desastre! Pero en ese

tiempo no me importaba nada, me importaba el amor!

Vos también me escribías tonteras y dibujabas cosas muy bonitas, este dibujo lo hiciste vos, ¿te acordás...? ¡Y tus besos, Juan, eran tan tiernos...! ¿Qué pasó después, qué pasó...?

(Mira un dibujo de él)

Jalamos bastante tiempo, Juan, todo iba tan bien. Vos siempre con un carácter difícil, pero pasable. Íbamos a bailar, comíamos helados los fines de semana dando vueltas por el parque agarrados de la mano. Claro que me alejé un poco de mis amigas, a vos no te gustaba que saliera con ellas. Pero en ese momento no me importó porque vos llenabas todos esos espacios

(Pausa)

–¡O por lo menos eso es lo que yo creía, o me hacías creer!–
¿Adónde estaba...?
Ah sí, yo tenía los cuadernos llenos de cromos y corazones traspasados, ¡mirá!

(Abriendo una zona del cuaderno)

Mirá Juan –te acordás– ¡te acordás de este!
¡Qué te vas a acordar, los hombres solo recuerdan lo que les dio placer...!
Todo iba tan bien, todo era color de rosa, yo no me podía creer tanta felicidad. Me estaba acostumbrando a vos. El episodio de la cade-nilla no ocupaba nada en mi recuerdo...
Hasta que llegó la primera prueba de amor verdadero. Así la llamaste.

(Sobre la pared una proyección de un tiburón con su mandíbula abierta se mezcla con una habitación solitaria)

Escena 7

María, Juan y el beso del tiburón

María:

Con la complicidad de un compañero tuyo de colegio me llevaste a la casa de él a estudiar. Los padres de tu compañero de colegio estaban de viaje y la casa estaba sola, al principio me extrañó pero no le di importancia porque me tranquilizaste diciéndome que Gilberto estaba por llegar. Pero no era cierto.

¡Gilberto nunca llegaría, ese era tu plan...!

(Cambia a Juan)

Juan:

Todo muy bonito hasta aquí mi reina, pero mucho jalar, mucho noviazgo fresa y usted no me ha dado todavía la prueba de amor...!

(Cambia a María)

María:

¿La prueba de amor...?

(Cambia a Juan)

Juan:

Sí, tenemos toda la tarde para nosotros... Si realmente me quieres ¿por qué no me das tu cuerpo, para qué esperar tanto? ¡Regáleme ese cuerpecito, mi amor!

(Cambia a María)

María:

Yo que te había puesto en un pedestal, en el primer lugar de mi corazón. Ahora me veía obligada a entregar algo que no quería entregar... Pero qué hacer, era la prueba de amor que necesitabas.

(Cambia a Juan)

Juan:

El amor se alimenta solo con más amor... ¡Venga!

(Cambia a María quien a través de una música repite una partitura de movimientos quitándose a Juan de encima, mientras escuchamos su voz en la banda sonora)

Voz de María:

Me empujaste hacia un sillón muy grande y me empezaste a desnudar con violencia. Yo te gritaba que no, que así no, que no me sentía preparada! Y me levanté del sillón de un brinco. Vos seguías sin escucharme. Me buscabas la boca insistentemente queriendo callarme. Te grité más fuerte: ¡NO QUIERO! JUAN, ASÍ NO QUIERO!

Me tiraste de nuevo con fuerza sobre el sillón y como yo te seguía rechazando, te excitaste con mi furia y comenzaste a besarme como un animal. Pero cuando yo me negué a abrir las piernas y manoteaba para quitarte de encima, te enojaste tanto que me mordiste el labio. ¡Yo daba gritos del dolor, pero vos como un perro de traba no me soltabas! Te di un golpe en el estómago y te saqué el aire, solo entonces reaccionaste y me soltaste. Yo salí corriendo, pero el labio sangraba y sangraba, fui a dar al hospital. Tres puntadas me hicieron.

María:

Cómo decirle a mamá que habías sido vos, no podía. ¡Ella me había advertido sobre los hombres tantas veces! Creo que le dije que me había cortado con una botella o algo así. Nunca me creyó. ¡Me sentí tan mal Juan, porque me lo habías hecho vos! Fue la segunda vez que te vi enojado. Recuerdo tus excusas; nunca me convencieron! Pero en el fondo pensaba que a lo mejor la culpa había sido mía porque si lo nuestro caminaba tan bien ¿qué me costaba a mí abrir las piernas y amarte como lo había deseado siempre?, como lo hacían todas mis amigas /al llegar a la edad en que saltan y te enloquecen las hormonas!/ Si lo estaba deseando debí aceptar tu ofrecimiento sin prejuicios, sin demoras. Pensé en ese momento que yo te había provocado, además vos te portaste tan bien conmigo después de eso, me explicaste que tenías un problema con tu carácter y yo te creí y te perdoné.

Hasta una serenata me diste.

(Cambia a Juan, toma de entre sus objetos una vieja guitarra llena de polvo y sin cuerdas, canta)

*“Toda una vida, estaría contigo
No me importa en que forma
Ni donde ni como, pero junto a ti...”*

(Cambia a María)

María:

Fue la primera serenata de mi vida. ¡Y me la estabas cantando vos! Esa canción nunca la podré olvidar! *(Canta ella)* “toda una vida... estaría contigo...”

En la ventana de mi casa me explicabas una y otra vez las razones de tu comportamiento! Te acordás, Juan. ¿Te acordás...?

(Cambia a Juan que se arrodilla en la orilla de la cama)

Juan:

Perdonáme, María, por lo del beso, no me di cuenta lo que hacía –te lo juro– Tengo problemas con mi carácter. ¡No me di cuenta hasta que te vi sangrar! Es que cuando me enojo no me puedo controlar, ¡de veras! Yo le digo siempre a mis amigos que no me hagan enojar porque yo por las buenas soy un ángel, pero por las malas me pongo como un demonio.

(Cambia a María)

María:

¡No hablemos de eso mi amor...!

(Cambia a Juan)

Juan:

¡Es que dice mi máma que salí igualito a mi tata! Ese viejo era tremendo, nadie le podía contradecir porque se ponía como un tomate rojo, rojo y rompía lo que fuera. Mi mamá le tenía mucho miedo. Una vez en un baile se puso tan bravo porque según él mi mamá estaba dándole cuerda a otro hombre y después de una discusión quebró una botella, le partió la cara al muchacho y cuando se vino encima de mi mamá ella se metió detrás del mostrador. De allí la sacó del pelo, ella se zafó a como pudo y salió corriendo hasta la casa de la abuela, él la persiguió con un cuchillo,

estaba tan bravo que la quería matar. Mi máma se encerró con llave en el cuarto y pegaba gritos, la abuela intervino y amenazó con llamar a la policía. Mi tata se detuvo, pero la furia no le había pasado. Entonces se fue al gallinero y mató a todas las gallinas, dicen que aquello fue un "gallinicidio", desde esa vez le pusieron en el barrio el loco de las gallinas... ¡Ahí viene don Virgilio, "el loco de las gallinas", escóndanlas porque se las mata! Eso le gritaban las vecinas cuando apareció en casa de mi abuela para pedir "cacao". Mi máma siempre lo recibía, porque así era el viejo, tenía mal carácter pero no era mala gente. ¡Igual que yo!

(Cambia a María)

María:

Cambieemos de tema, mi cielo!

Juan (que no la oye):

Creo que lo mío son problemas mentales, no me puedo controlar cuando me enoja. Por eso siempre evito enojarme.

María:

Tus constantes enojos y golpes, empezaron a preocupar a mi familia, pero yo estaba tan ciega que me empecé a alejar de ellos, me fui a vivir a un cuarto que alquilaba la familia de una amiga, estaba sola y ahora te podía ver más seguido. Por supuesto que te acepté en la cama. Pero vos pedías cada vez más. Te portabas tan extraño. Todo era tan rápido. ¡Cuando yo estaba empezando vos ya habías terminado, siempre fuiste así, Juan.

Muchas veces tu forma de abrazar y besar me recordaban aquella primera vez en casa de

Gilberto y tenía mucho miedo. Pero estaba tan enamorada que lo dejé pasar. De todas maneras había pasado mucho tiempo y broméabas con el recuerdo de aquel beso, le llamabas... "el beso del tiburón".

Voz de María, en la banda sonora, mientras la actriz realiza una partitura de movimiento repetitiva en donde se intenta defender de la paliza.

Voz de María:

De la noche a la mañana todo cambió, un día que me viste hablando con un excompañero de colegio en la verdulería, volviste a transformarte en el animal que llevabas por dentro. Mordiscos, patadas, golpes en la cara, todo adornado con palabras sacadas de una alcantarilla.

Fui a dar al hospital después de esa pelea en la que aseguraste que me estaba viendo con un exnovio.

Y aunque yo te juraba y rejuraba que no era cierto, que era un compañero de colegio; vos te cegaste y cuando llegamos a la casa me tiraste contra la pared, con tan mala suerte que me recibió un clavo y se incrustó en mi cabeza. Yo me desmayé del dolor, y vos al ver la sangre te asustaste mucho y me llevaste al hospital.

(Pausa-vacío)

María:

Pero yo otra vez te perdoné, y otra vez me llevaste caramelos, flores y serenata.

(Canta)

*"toda una vida, estaría contigo,
no me importa en que forma,
ni dónde, ni como, pero junto a ti..."*

Y te perdoné una segunda vez y una tercera y una cuarta y una quinta y una sexta. Tantas veces, Juan, que no lo recuerdo. Si estuviera mi madre ella sí lo sabría, porque ella sí sabe contar. Y olvidaba y dejaba de contar. Pero Juan, ¿cuántas veces va el cántaro al agua sin que se quiebre?
 ¡No lo sabía en ese momento! ¡Pero sí sabía que algún día reventaría!

(Pausa) (Se envuelve en una sábana y continúa, canta)

*"toda una vida, estaría contigo,
 no me importa en que forma,
 ni dónde, ni cómo, pero junto a ti..."*

De todas las veces que hicimos el amor, Juan, sólo recuerdo una vez en que nos amamos de verdad, fue un día domingo 4 de diciembre, lo tengo anotado, vos estabas de cumpleaños y no habías tomado nada, lo hicimos sin presiones, con muchas caricias, como tiene que ser. Hicimos el amor como dos amantes de verdad. Fue tan lindo, Juan, ¿te acordás, Juan, te acordás de esa noche...?

(Sigue cantando suavemente mientras realiza una secuencia de movimiento de las caricias de esa noche. Sobre la pared de nuevo el retrato de bodas del principio pero alterado)

Escena 8

María, matrimonio y papá

María:

Después de eso, empezaste a cambiar mucho, casi no te enojabas. Y eso me ponía tan pero

tan contenta, que llegué a sentir que habías cambiado de verdad.

(Cambia a Juan)

Juan:

¡Casémonos, María!

(Cambia a María)

María:

Yo te acepté, te acepté porque creí en vos una vez más, creí en tu promesa, Juan.

(Cambia a Juan)

Juan:

¡Nunca más un golpe mi amor, estoy tan arrepentido...!

(Cambia a María)

María:

Lo dijiste tan convencido y con tanta ternura que yo me lo creí. ¡Y te di las gracias y me propuse no hacerte enojar nunca, nunca más! Estaba dispuesta a luchar, a hacer todo lo que fuera necesario por tu felicidad... y la mía.

(Música de marcha nupcial, María toma un recuerdo de boda de entre las cosas que tiene en la habitación y camina hacia el altar con él. En silencio realiza una coreografía bailando un vals mientras en la banda sonora su voz dice:)

Voz de María:

Los primeros meses de matrimonio fueron tan especiales que nunca más me acordé del beso del tiburón. Excepto cuando me

miraba la pequeña cicatriz en el espejo, pero también a ella me acostumbré. No había nada que un poco de pintura de labios no pudiera disimular.

¡Con el tiempo aquel recuerdo me llegó a parecer solo un mal sueño!

Para una mujer enamorada como yo, aquella señal pequeñita era solo un golpe en la vida como tantos otros.

¡Creo que allí comenzó todo, Juan, cuando me olvidé del beso del tiburón...! ¡O habrán sido los consejos de papá... ¡No sé, no lo sé...!

(Silencio-vacío)(se encuentra un traje entero, se quita el elemento de boda y coloca el traje de su padre en la silla) (Sobre la pared una proyección de un hombre montado en una bicicleta antigua y delante de él un gran ventanal abierto al cielo, en el cielo figuras mágicas como las de un cuadro de Dalí)

Escena 9

Papá

María:

Mi papá se mantenía callado mirando por la ventana, se notaba que había venido a la cita con la directora del cole obligado por mi madre, porque él era diferente, no decía nada, no se metía conmigo, en realidad no se metía con nadie. Él vivía en su propio mundo, alejado de nosotros, alejado de mi madre, alejado de la tierra, alejado de las palabras altisonantes y groseras, él amaba el silencio de las palabras sin palabras. Las que no se dicen, solo se piensan o se escurren por las grietas de la mente hasta diluirse en

sueños... Cuando había problemas se los dejaba todos a mi madre y él se iba con su alma por la ventana...

(Queda catatónica)

Mi papá era un gran lector. Leía de todo. Después del trabajo se sentaba horas a leer y leer, a perderse en otros mundos, los de la utopía, otros mundos que no fueran los reales. /Fue él quien me presentó al Quijote "La razón de la sin razón que a mi razón se hace, de tal manera mi razón enflaquece... que con razón me quejo de la vuestra "fermosura"./ Sí, todo comenzó con papá, porque con él aprendí que hay un mundo de lo invisible, un mundo de los locos-cuerdos. Los que no dan explicaciones con facturas selladas y membrete. ¡Otro mundo!

Siempre repetía una famosa frase de Cervantes: "La peor locura es ver la vida como es y no como debería ser!" En aquel tiempo no la entendí, ahora la entiendo.

Me rogaba, me suplicaba que nunca siguiera sus pasos. Pero era imposible, sus palabras me penetraron por completo, me enseñaron que personas como él piensan en un mundo ideal mientras otros manejan el mundo real. Cuando estaba de humor escuchaba música, le encantaba la ópera, se sentaba en la vieja bicicleta que tenía en su cuarto –le había construido un sistema para sentarse en ella y darle pedal sin que avanzara– la colocaba frente a una gran ventana de su cuarto que abría de par en par y escuchando la ópera de sus amores, viajaba, viajaba con sus pensamientos a cualquier parte...

(María saca un viejo manubrio de bicicleta de entre los recuerdos, se "monta" en la silla

como si fuera la vieja bicicleta de él y comienza su viaje. Mientras viaja se escucha en la banda sonora una ópera)

(Cambia al padre)

Padre de María:

(Mientras pedaléa)

¡Oíme bien, María! Si alguien quiere sobrevivir en este mundo de mierda tiene que aprender a hacerse el muerto de vez en cuando y dejar que todo pase, no chistar, no preguntar, no gritar, y mucho menos protestar. Dejar pasar las cosas delante de tus ojos como si estuvieras muerto. ¡Si cabalgás, María, tené la seguridad que alguien va a ladrar! No te movás, María, no te movás! No vayas a estudiar Filosofía ni Artes ni Sociología, ni Historia ni Antropología, ni Política Social, todo eso te lleva a conocer una verdad y la verdad es una barrera para ser feliz. ¡En este mundo de mierda se prohíbe pensar, María, no te atrevás a pensar! Nunca pensés en los pobres m'hija, ni en la desigualdad del mundo, ni en la igualdad de la mujer, ni en por qué se mueren las ballenas y las tortugas se quedan ciegas en mitad del camino. ¡No es buena esa verdad! Miráme a mí, nunca llegué a juntar un capital, nunca me hice un rancho, nunca fui, nunca vine nunca, nunca, nunca...

(Se queda en vacío)

Y todo por querer conocer, por preguntar, por cuestionar, por acercarme a esa verdad. La verdad es verdad solo para los idealistas, nada más, y los filósofos descalzos. Vos no podés ser una idealista m'hija. Ellos andan por el mundo con una sonrisa desafiante y las manos vacías,

y se desplazan etéreos, vagabundos, astrales, sin bajar la cabeza. Mirando a todos sin mirarlos, sin cambiar su paso, sin engaños.

(Pausa)

Pero al final de ese camino, ¿qué les queda...? ¿Sabés lo que les queda...? ¡NADA! ¡NADA! ¡Ni siquiera un pedazo de tierra a dónde caerse muertos! Porque las palabras no los alimentaron, los pensamientos no compraron su casa, las rebeldías no pagaron la luz ni el agua, los libros ni siquiera los calzaron... Ellos nacieron desnudos y desnudos se van a la tumba, todos.

(Pausa)

¿Y qué cambió m'hija, qué cambió? ¡Los idealistas no han cambiado NADA! Perdieron la partida contra los irracionales, los dueños de la tierra. ¡Los idealistas nunca existieron para este nuevo mundo!

(Cambia a María)

María:

Y aunque él me lo decía para alejarme de esas ideas, yo en algún rinconcito de mi alma las atesoraba como una niña que guarda una moneda en el zapato.

(Cambia a papá)

Papá:

No m'hija no! No es bueno ser distinto, ¡no en este mundo! /Como decía Kalhil Gibráin: "Los prácticos se ganan la vida con el sudor de la frente de los soñadores"!

(Cambia a María)

María se quita los implementos del papá, los mete en una de las cajas, a esta altura ha guardado casi todos los implementos, se sienta en el centro de la habitación)

María:

¿Cuándo comenzó todo...? Qué importa ahora cuándo comenzó todo, si todo está por terminar, qué sentido tiene cuestionar y cuestionar algo que ya pasó y no podré cambiar. Por qué alargo tanto esta verdad, por qué me sigo preguntando y preguntando lo mismo.

Será que en el fondo de mi alma estoy deseando que lo de anoche haya sido una pesadilla, Juan, y poderme despertar mañana ligera, y etérea sin esta carga de la muerte...

Por qué lo hiciste, Juan, por qué. No te bastó con gritar, ni golpear las paredes. Esta vez llegaste demasiado lejos.

(Cambia a Juan; fúrico)

Juan:

Me tenés cansado con tus celos, salí tarde del trabajo y me tomé unas cervezas, ¡qué tiene eso de malo! ¡Si a mí me da la puta gana de tomar, es mi problema!

(Cambia a María)

María:

Pero Juan, calmate, solo era una pregunta, ¡no te pongás así! Bajá la voz, lo hago por tu bien, no te conviene tomar, esta semana has tomado todas las noches.

(Cambia a Juan)

Juan:

¿Desde cuándo me decís vos lo que tengo que hacer? Si a mí me da la gana me jalo de este "mierdero", ya no se puede vivir con vos. ¡Si a mí me da la puta gana agarro las maletas y me pierdo!

(Cambia a María)

María:

(Resignada y con fuerza) Entonces, hacélo, ¡hacélo! ¡Yo así tampoco puedo vivir con vos!

(Cambia a Juan)

Juan:

¡Ah malcriadita! A mí no me levanta usted la voz, me oye, mal nacida, hijueputa!

(Cambia a María)

María:

(Furiosa) A mi madre no la nombre con esa boca tan hedionda!

María:

¡Y vino el primer golpe! Y luego otro y otro más, y una patada muy cerca de mi barriga me hizo reaccionar y correr a la cocina. Te viniste detrás de mí con la intención de seguirme agrediendo pero yo tomé un cuchillo para defenderme.

(Cambia a Juan)

Juan:

¡Con cuchillitos, a mí! ¡Vos sos una pendeja y no lo vas usar, estoy seguro!

(Cambia a María)

María:

No te acerques más Juan, por favor, porque lo voy a usar, ¡te lo juro!

(Pausa)

¡Un segundo fue suficiente para que terminara todo!

(Una rutina de movimientos en silencio en donde le hunde el cuchillo a Juan mientras hace mutis y regresa al espacio escénico con el cuerpo de Juan envuelto hasta la cabeza con una sábana blanca que en la parte del estómago se notan unas manchas de sangre, lo arrastra de los pies hasta el centro de la habitación)

(Va hasta el teléfono /o saca su celular/ y marca el 911)

María:

Aló, ¿Comandancia de policía...? Le habla María del Carmen Solano, por favor vengán al barrio Santa Lucía, junto al comisariato "Don Miguel"... ¡Hace una hora maté a mi marido!

(Queda catatónica junto al cuerpo, luego de unos segundos se acaricia la barriga mientras en la banda sonora se oye su voz)

Voz de María:

Como diría mamá, multiplicá, Juan, multuplicá, uno por dos es siempre dos, en la multiplicación y en la vida ¡el uno desaparece!

¡Yo no podía permitir que lo hicieras, porque al matarme a mí la matabas también a ella/. Era mi pequeño gran secreto para vos, te lo quería decir ayer, me lo guardé todo el día entre pecho y espalda para contártelo apenas llegaras, pero como no llegaste sino hasta la madrugada, me dormí con esa sorpresa pequeñita en mi barriga, te lo quería contar todo apenas nos levantara el sol. Pero no me dejaste Juan, cuando te pregunté –en el sopor del sueño– por qué habías llegado tan tarde, te encendiste otra vez como antes, como siempre que te enojabas. Yo te pedía explicaciones nada más, ¡pero vos solo gritabas, gritabas y me pegabas sin ningún control...!

María:

(Con su voz)

¿Por qué, Juan, por qué....? ¡Que alguien me explique por qué me siguió mordiendo el tiburón!

(En la banda sonora se escuchan las sirenas de la policía y una luz roja intermitente baña el espacio... Sobre la pared del fondo con la canción "toda una vida" interpretada por Chavela Vargas, se proyectan imágenes y estadísticas de mujeres muertas a manos de sus "compañeros sentimentales", mezclada con la foto de bodas alterada)

Fin